EPITAFIOS DE NAUFRAGOS RECOGIDOS EN LA *ANTOLOGIA PALATINA*

Marta González González
Universidad de Oviedo

Al tipo más antiguo de epitafios, en donde nos encontrábamos con el nombre del difunto, su lugar de nacimiento y poco más, van añadiéndose con el tiempo noticias, por un lado, que aluden a las circunstancias de la muerte, y admoniciones, por otro, que invitan a la prudencia o a disfrutar de la vida.

Si repasamos la tipología temática del género, vemos que son *loci comunes* que se repiten con insistencia el elogio del muerto, la llamada al caminante, la *consolatio*, la *mors inmatura* en los epitafios de niños, la muerte como algo que iguala a los hombres, la maldición a los profanadores, ... etc. Cuando la muerte tuvo lugar en circunstancias particulares -sobre todo si tuvo un carácter violento- la inscripción suele darnos noticia de ello: asesinatos, accidentes, muertes en combate, naufragios...

A estos últimos vamos a referirnos en el presente trabajo. Como parte integrante del género del epigrama funerario, estos epitafios de náufragos comparten con el resto una serie de motivos; pero poseen además cierta unidad temática diferenciada del resto que hace que se conviertan en una especie de subgénero aparte.

La principal colección de epigramas funerarios griegos la encontramos en el libro VII de la *Antología Palatina*[1] y, dentro de este libro, hacen referencia a los muertos en el mar los números 263-294, 494-506, 539, 584-587, 651-654, 665, 675 y 738-739.

El bloque 263-294 forma un conjunto más homogéneo y de mayor unidad formal y temática. El resto de las composiciones, que aparecen dispersas en la última parte del libro, se refieren no sólo a náufragos sino también a pescadores muertos por un golpe de mar y a otro tipo de muertes relacionadas con el entorno marino.

Tipología de los epitafios de náufragos

Podemos dividir este apartado en dos secciones, presentando en la primera aquellos *loci comunes* que estos epitafios comparten con el resto de los epigramas funerarios y en la segunda los tópicos que los diferencian.

1. Loci comunes compartidos:

1.1. Presentación de la tumba. Nombre del difunto

"Soy la tumba de un náufrago" (265.1; 282.1)
"Soy la tumba del náufrago Diocles" (266.1)
"Estás viendo a un náufrago" (268.1)
"Sabed que pasáis ante la sepultura de un náufrago" (269.2)
"Monumento de un náufrago" (279.3)
"Este es el monumento funerario de un náufrago" (280.1)
"Soy el túmulo de Bítonos" (502.1)

Aunque en estos ejemplos siempre se especifique que la tumba es tumba de un náufrago -salvo en 502.1-, el motivo mismo de la presentación, de la tumba que habla dirigiéndose al caminante, lo encontramos con grandísima frecuencia en el resto de la colección.

La aparición del nombre del difunto estaba en relación con la posible pervivencia del mismo: cuando en los ritos funerarios se pronunciaba en voz alta el nombre del muerto, éste era rescatado por unos momentos al mundo de los vivos. El nombre grabado en la piedra aseguraba el recuerdo del que se había ido[2].

Sin embargo, en los epitafios que aquí consideramos es muy frecuente la ausencia del nombre. Ello se debe en muchas ocasiones a que el cadáver era encontrado en una playa por alguien que piadosamente le daba tierra. Tenemos entonces el nombre, no del náufrago, sino de quien lo había sepultado.

En cuanto a la fórmula de presentación de los epigramas más antiguos estaba construida en tercera persona -vid. supra 280.1-; pero pronto se impuso la figura de la *tumba parlante,* donde tomaba la palabra el propio sepulcro dejando así el camino abierto a las formas dialogadas que se encuentran en algunos epitafios, diálogo entre la tumbra y el caminante.

1.2. La muerte iguala a todos

"en el mar y en la tierra igual se mantuvo Hades" (265.2)

El tópico aquí de la muerte que a todos nos hace iguales. En este caso nos encontramos ante una brevísima composición, un dístico cuyo primer verso dice *"soy la tumba de un náufrago, enfrente está la de un campesino".*

Como decíamos, no son este tipo de consideraciones algo exclusivo de los epigramas que ahora estamos considerando[3], y, así, podemos leer en otros lugares versos como los que siguen:

"Manes era este hombre cuando vivía: ahora, muerto,
tiene el mismo poder que el gran Darío" (538)

"puerto común para todos es Hades" (452.2)

En el primer caso el contenido del epigrama podría responder muy bien, según Galiano, a la ideología cínica: Manes es nombre corriente entre los esclavos frigios; Darío, nombre de varios reyes de Persia. Esclavos y reyes son iguales al llegar al *puerto del Hades.*

Pero, a pesar de esa llegada segura de la muerte *en mar y en tierra,* volviendo así al epitafio que veíamos al principio, más seguros estaremos en tierra firme:

"Huye de los trabajos del mar, empuña el arado de los bueyes
si te parece dulce ver el fin de una larga vida:
en tierra firme está la larga vida; en el mar no
es fácil ver hombres de pelo blanco" (650)

1.3. Juventud. Muerte antes de la boda

"las olas ondulantes bañaron tu amable edad" (263.3-4)

"mal amargo para tu padre Aristómaco, que llevándote
al matrimonio ni joven ni cadáver te condujo" (291.7-8)

Muy frecuente es el lamento de los padres que ven cómo la muerte les arrebata a los hijos antes de haber celebrado la boda.

Es tópico constante en este tipo de epitafios la contraposición de los ritos fúnebres y de los cantos de himeneo.

En el caso del epigrama 291 que aquí recogemos el dolor es todavía mayor al no poder contar ni siquiera con el cuerpo de la joven, robado por el mar.

1.4. Maldición a los profanadores

"Que se lo ponga y lo lleve al Hades
y que lo vea Minos llevando mis harapos" (268.5-6)

En este caso se trata de un náufrago que lamenta que, tras haberle arrebatado el mar la vida, le haya despojado otro hombre los vestidos, algo que ni el mar se había atrevido a hacer[4].

2. Tópicos propios de los epitafios de náufragos

2.1. Tumba vacía. Piedra mentirosa

"en lugar de aquél
ante un nombre y una tumba vacía pasamos" (271.3-4)

"en el mar el cadáver,
yo, sin embargo, soy una tumba con un nombre" (272.3-4)

"esta piedra es mentirosa" (273.6)

"piedra inútil,
tengo grabada una inscripción en vano" (274.3-4)

"como mentirosa tumba me elevaron en el suelo" (275.5)

"Ahora él está en el mar como cadáver helado,
la tumba vacía pregona aquí su grave viaje" (496.5-6)

"elevó esta tumba vacía" (497.2)

"Tú, que pasas ante mi tumba vacía..." (500.1)

"Ay, Aristódice y Eupolis, que te engendraron,
lloran abrazando tu tumba vacía" (539.5-6)

Es éste el motivo que con más regularidad se repite en los epitafios de náufragos, reflejo de la preocupación por la ausencia de un entierro y de honras fúnebres. El mar se queda con el cadáver y la tumba es sólo una piedra —piedra mentirosa e inútil— con un nombre grabado en ella.

El dolor por la muerte es más soportable cuando el mar devuelve el cuerpo del ahogado, como leemos en el epigrama 665:

"Sin embargo, el destino no le fue enteramente malo
pues en la tierra patria tuvo tumba y funerales
en manos de los suyos, cuando la mar encrespada
colocó su cadáver en las costas abiertas"

Lo deseable es que el mar devuelva el cadáver, lo devuelva a la tierra que es, parece, su lugar. Pero la muerte vuelve las cosas del revés y si las olas se quedan con esos cuerpos de náufragos, envían, en cambio, a tierra cuerpos que deberían permanecer en las olas. Así leemos en el bellísimo epitafio de un delfín:

"Ya nunca, orgulloso, en el mar lleno de barcos,
sacando mi cabeza del fondo del mar
resoplaré, feliz de ver mi imagen
cerca de los bellos labios de la nave.
La roja marea del ponto a la costa me trajo
y estoy en esta suave arena recostado" (215)

2.2. Muerte en el exilio

"perdida la esperanza de Tiro, la patria" (286.4)

"no volvemos más a la patria" (506.12)

Este motivo de la muerte en tierra extranjera posiblemente aparezca también en los epitafios de los muertos en combate.

2.3. Cadáver juguete de las olas y pasto de los peces

"ahora él, un cadáver, es llevado por las olas" (271.3)

"Y yo envuelto por el mar pasto de los peces
voy arrastrado" (273.5-6)

"Ay, pasto ahora de peces" (274.3)

"pero ya él
llenó el estómago de las fieras marinas" (275.3-4)

"Ay, desdichado,
has perecido víctima de los peces y el mar" (286.5-6)

"La carne en el mar la han devorado los peces" (288.3)

Estas alusiones a los peces que devoran el cuerpo de los ahogados contrastan con la referencia habitual en otros epitafios a los gusanos que, en tierra, se entretienen en la misma labor.

El ahogado no sólo se ve privado de los ritos funerarios sino que su cuerpo se convierte en alimento de sus actuales vecinos. Según leemos en un epitafio de gusto más que dudoso[5], unos pescadores atrapan en la red el cadáver destrozado ya de un náufrago y lo entierran junto a los peces capturados con él. Así, todo el cuerpo recibe sepultura.

2.4. Miedo al mar

"Me estremece el rugido del mar, mi perdición" (267.3)

"Ni cadáver, náufrago empujado a la tierra de Teris
por las olas, olvidaré la costa insomne.
En las rocas que braman, cerca del mar
temible encontré de manos extranjeras una tumba.
Siempre, incluso entre los muertos, el mar

rugiente escucho, el odioso ruido.
Mis penas no oyó Hades, porque yo solo
ni cadáver descanso en paz" (278)

¿Por qué el ataque de las olas
de nuevo quieres recordar al que está bajo tierra? (279.3-4)

"Incluso cadáver me atormentará el mar cruel
a mí, Lisis, enterrado bajo roca solitaria,
siempre gritando a mis oídos con orgullo,
junto a una tumba sorda" (278.1-4)

En todos estos epitafios se recoge la misma idea del mar, persiguiendo con su rugido al náufrago más allá de la muerte.

2.5. Avisos a marineros. Advertencias. Deseo de suerte

"Tengas sobre el mar viento favorable; pero al que
como a mí el viento lleve a los puertos de Hades,
no acuse a las olas de hostiles, sino a su propia
audacia, al soltar las amarras de esta tumba" (264)

"Soy la tumba del náufrago Diocles; pero los que
parten, oh audacia, de mí sueltan amarras" (266)

"Navegantes, buena suerte en el mar y en la tierra" (269.1)

"Evita el mar" (272.5)

"Soy la tumba de un náufrago; tú, sin embargo,
navega, pues cuando nosotros perecimos, las otras
naves seguían su viaje" (282)

En las dos primeras composiciones encontramos la misma metáfora: los que, a pesar de estar viendo la tumba de un náufrago se hacen a la mar, sueltan las amarras que les unían a la experiencia de quienes les precedieron, sueltan las amarras de la tumba que están viendo.

Pero no siempre las advertencias son negativas y anuncian peligros, también es posible que nos encontremos con deseos de suerte e invitaciones a navegar, en la misma línea del tópico tan frecuente del *carpe diem*[6].

Algunas conclusiones

Independientemente del valor poético de los epigramas que constituyen la *Antología Palatina,* su importancia como testimonio histórico y reflejo del pensamiento de su época es innegable.

En el caso concreto de los epitafios, en ellos encontramos referencias a lo que los griegos esperaban —o no esperaban— más allá de la muerte.

Los epigramas funerarios de náufragos que hemos repasado en estas páginas son reflejo de una obsesión: no dejar sin sepultura el cuerpo[7].

Devolver el cuerpo a la tierra puede estar en relación con ciertas teorías expuestas por Frazer[8] y Mircea Eliade[9]; ambos autores reparan en la relación que existe entre los ritos de la vegetación y la inmortalidad, entre la vida vegetal y la existencia humana. Del mismo modo que la semilla enterrada surgía de nuevo en primavera, también para el hombre había esperanza de una existencia mejor más allá de la tumba.

Vemos que ritos de la vegetación e inmortalidad vuelven a aparecer unidos en la figura de la diosa Deméter. Los misterios de Eleusis parece que ofrecían a los iniciados la fe en una vida bienaventurada después de ésta. No se habla propiamente de inmortalidad, sino de una existencia feliz *después de la muerte.*

En el *Himno a Deméter* de Homero leemos: "pero el que no ha sido iniciado y no ha tomado parte en los ritos no poseerá después de la muerte las cosas humanas buenas de allá, en las sombrías moradas."

La misma imagen, que relaciona la germinación de una semilla con la esperanza de una resurrección para los hombres la encontramos también entre los egipcios[10], que encomendaban sus muertos al cuidado de Osiris. El dios los haría nacer de nuevo del mismo modo que hacía brotar las cosechas.

No extraña, pues, esa obsesión por enterrar los cadáveres. Que el cuerpo permaneciese en el mar, como era el caso de muchos náufragos, era un grave castigo. A ese mar se arrojaban a veces víctimas expiatorias[11]: en algunos lugares de Grecia se lanzaba al mar todos los años a un hombre joven con la idea de liberar así a la ciudad de los males. Algo parecido hacían

los griegos de Asia Menor en el siglo VI a.C. cuando alguna ciudad padecía pestes, hambre o guerras. Que el cuerpo de la víctima se arrojase al mar y no se enterrase puede estar también relacionado con esa posibilidad de *resurrección* en este caso no deseada.

Más arriba señalábamos también que muchos epitafios de náufragos no indicaban el nombre. Esta carencia es una dificultad más para una pervivencia del alma ya que, como decíamos, en los ritos funerarios se pronunciaba en alta voz el nombre del difunto y durante esos instantes su alma volvía a la vida.

Notas

(1) Seguimos el texto de la edición de P. WALTZ, *Anthologie Grecque (IV-V)*. Les Belles Lettres. París, 1960.

(2) Cf. *Epigramas funerarios griegos*. Traducción, introducción y notas de M. Luisa del Barrio Vega. Gredos. Madrid, 1992, pp. 16 y ss.

(3) Cf. *AP. VII*, 335.6; 342.2; etc, donde se insiste en la misma idea.

(4) Acerca de las maldiciones a los profanadores de tumbas, cf. *Epigramas funerarios...*, p. 43 y ss.

(5) *AP. VII*, 276.

(6) Sobre este aspecto y, más ampliamente, sobre el carácter gnómico de algunos epitafios, *vid.* J. LABARBE, "Les aspects gnomiques de l'epigramme grecque", en *L'epigramme grecque. Entretiens sur l'Antiquité Classique, XIV*. Fondation Hardt. Vandoeuvres-Genevè, 1967. pp. 349-386.

(7) Vid. el ensayo de Eugenio TRIAS, *Lo bello y lo siniestro*. Barcelona, 1988, p. 12: "Entre los tabús programáticos de la especie humana, esos universales antropológicos, se puede inventariar el asco radical al cuerpo insepulto en trance de descomposición".

(8) J. G. FRAZER, *La rama dorada*, F.C.E. Madrid, 1981.

(9) MIRCEA ELIADE, *Historia de las creencias y de las ideas religiosas, I. De la prehistoria a los misterios de Eleusis*. Madrid, 1978. Vid. especialmente el capítulo XII, "Los misterios de Eleusis", pp. 307-318.

(10) FRAZER, *op. cit.*, p. 439.

(11) FRAZER, *op. cit.*, pp. 652 y ss.